

CLAUSURA FEMENINA: LA EDAD

DICEN que el tema de los años es conversación de gente insulsa, yo creo más bien que lo es de personas curiosas o de aquellas que, interiormente, se glorían en ver mentir a sus semejantes; ¿criterio avanzado? No, simplemente cierto.

Se han dicho muchas cosas sobre la edad en la mujer, amargas, las unas; humorísticas, las otras; como aquello de que no hay nada más incierto que los años de las señoras que se dicen de «cierta edad».

Hasta la fecha en España se ha respetado esta clausura femenina; las guerras no movilizaron a sus mujeres y ellas pudieron seguir gozando de una perenne juventud.

Nosotros nos unimos a los que opinan que no es posible definir, sin tener a la vista la partida de nacimiento, los años de una mujer; partimos de la base de aquel escritor que decía no ser lo mismo años que edad. La verdad es que aseguramos que si la mujer miente es porque el hombre, o generalizando, la sociedad, le obliga; nos explicaremos: Se ha hecho regla el criterio de que la mujer, al responder su edad, se quita siempre, como mínimo, un par de años, de lo que sacamos la consecuencia de que aquella que con la mayor naturalidad dice su edad verdadera, el que la recoge aumenta con su imaginación al número dicho los dos célebres años que se supone hizo de rebaja, lo que viene a demostrarnos que, para que los demás sepan nuestra verdadera edad, tenemos, forzosamente, que mentir.

Por su mucha frecuencia hemos llegado a familiarizarnos con esta mentira piadosa que a nadie hace daño nada más que a nosotros mismos, pues a fuerza de subir, bajar y plantarnos, llegará un día en que de verdad ignoremos los años que llevamos sobre la tierra.

Este pecado no es exclusivo de nuestros tiempos. Se cuenta que al preguntarle cierta vez a Napoleón cuáles eran a su juicio los diez mejores años de la mujer, contestó con la mayor naturalidad: «De los veinticinco a los veintiséis». Hay que reconocer que era un poco exagerado porque, la verdad, esa constante permanencia la creemos posible en muy pocas mujeres. Siempre hay personas que, no sé si llevadas de sus escasas ocupaciones o su mucha curiosidad, se entretienen en indagar los años verdaderos, y claro, parece feo que al cogernos infraganti presumiendo de jóvenes nos presenten, bastanti aperganinado ya, nuestro título de adultos.

No debíamos de ser así, las personas, al fin y al cabo, no vivimos años de nadie, luego, ¿por qué tanto empeño en presentarnos la triste realidad de los años que ya se nos fueron?

La edad todo lo disculpa, si a nuestros veintidós años hacemos tonterías de dieciocho, ¿no es fácil, bajando unos añitos, justificar nuestro obrar? Y si pasados los treinta y cinco años aun estamos solteras, ¿es motivo para descuidar el tocado y poner cara de amargadas? No señor, que en esto de los años la verdad de todos los siglos es que se tiene la edad que se representa.

Hemos escrito mojando en el tintero de las voces de nuestro sexo, como el artículo llegó a sus límites marcados, nos reservamos discretamente nuestra particular opinión porque, ahora que recordamos, alguien dijo que era conversación de gente insulsa...

M.º I. Pedrero